

# **Transición y transformación: sobre los cambios socio-políticos en Latinoamérica y Europa del Este**

Nikolaus Werz

## **Introducción**

Después de 1989 el mapa político mundial sufrió grandes movimientos. Los cambios fueron repentinos y representaron grandes desafíos tanto para las personas que hasta entonces habían vivido en el socialismo, como para los observadores del momento. Para comprender mejor los cambios en Europa del Este se recurrió al caso de España y a los países centro y sud-americanos. Allí se había dado una vuelta a la democracia en la segunda mitad de los años sesenta, a la que le siguieron procesos de privatizaciones en la economía ¿Pero es posible comparar Europa del Este con América Latina? ¿Qué tan lejos fueron los cambios en ambas partes del mundo? ¿Es posible llegar a teorías generales sobre el proceso de transformación? ¿Hay diferencias históricas entre transición y transformación o constituyen un proceso común?

No es tarea fácil contestar estas preguntas desde la perspectiva de los científicos sociales, quienes –a diferencia de los historiadores– no pueden ni quieren limitarse al pasado. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, para el análisis de los sistemas políticos se partió de la dicotomía entre democracias liberales y las sociedades dirigidas por los frentes socialistas. El antagonismo entre la economía de mercado del occidente libre y el oriente dominado por el comunismo parecía tan fundamental, que estaba cerrada la idea de un proceso de cambio rápido y al mismo tiempo pacífico. “La caída del socialismo real fue metodológicamente un ‘viernes negro’ para las ciencias políticas”, admitió el politólogo Klaus von Beyme (Beyme 1994: 35). En contra de la propia percepción sobre la capacidad de poder dar pronósticos sobre la actualidad, los científicos sociales no pudieron decir nada antes, sino después.

Todavía bajo shock, en la confrontación con el rápido cambio político se recurrió a los pioneros de los años setenta: los países del sur de Europa

(España, Portugal y Grecia) y los de Sudamérica, en perspectiva comparada. Las teorías sobre esta temática fueron denominadas investigaciones sobre la transformación y el cambio de sistema (Merkel 1994; Kollmorgen et al. 2015). Para los interesados en la formación de la teoría social y la sociología política se trataba especialmente de la necesidad de los siguientes tres puntos (Beyme 1994: 39):

- revisar las interpretaciones (falsas) sobre la duración y el significado histórico mundial del socialismo,
- encontrar nuevos planteamientos teóricos para comprender el cambio de sistema,
- y, finalmente, luego del colapso del frente socialista y girando el globo nuevamente en su conjunto, es decir, después del final del ciclo antagónico que impregnó las interpretaciones entre 1917 y 1989, crear nuevas teorías que tengan en cuenta la nueva época de cambios.

Para explicar la vuelta a la democracia liberal a finales del siglo xx serán tomadas en cuenta sobre todo dos perspectivas teóricas: el análisis de las diferentes olas de democratización en la historia contemporánea y las teorías de la modernización. A final del artículo, retomaremos la pregunta de si es posible considerar una teoría general del cambio de sistema o de la transformación.

Una serie de cientistas sociales ha investigado los diferentes procesos de democratización que han ocurrido en el siglo xx en perspectiva comparada (Huntington 1991; Beyme 1994: 11):

Una primera ola de democratización tuvo lugar después de la Primera Guerra Mundial. En ese entonces, el cambio de forma de gobierno fue generalmente de monarquías constitucionales a repúblicas. Después del colapso de los imperios multinacionales en Europa meridional y del Este se establecieron nuevos Estados con constituciones democráticas de muy corta duración.

El segundo impulso democrático después de 1945 fue un nuevo intento, en el que los derrotados de 1945 –la República Federal Alemana, Japón, Italia y Austria– aceptaron y adoptaron las reglas del juego de las democracias occidentales.

La tercera ola de los años setenta en el sur de Europa y Sudamérica –sacando el caso de Argentina– no se dio luego de la derrota en una guerra. Con la excepción del caso español, este proceso no recibió mucha atención internacional. Recién después de 1989/90 tuvo mayor impacto. Algunos

autores como von Beyme consideran una cuarta ola ocurrida en los Estados socialistas después del cambio de rumbo de la Unión Soviética. En vistas de la Primavera Árabe desde 2010 se habló incluso de una quinta ola de democratización o *Arabellion*, luego desestimada debido a sus dudosos resultados.

Partir de diferentes “olas” no aclara las razones de la vuelta a la democracia. Para ello, algunos autores tomaron en cuenta teorías de la modernización, es decir, entendieron que en Europa del Este estaría sucediendo una especie de “modernización recuperada o revolución” o una “vuelta” hacia Europa. Estas representaciones convergentes, que parten de una adaptación estructural de las sociedades, chocan con varios límites, ya que los cambios en Europa del Este no se pueden interpretar simplemente como una “vuelta” a las formas occidentales de la democracia y la división de poderes, que en muchos casos no ocurrió.

Para un análisis de las diferentes formas de cambio de régimen o sistema, a continuación tomaremos en cuenta el desarrollo en países del sur de Europa y Latinoamérica desde la segunda mitad de los años setenta y en Europa del Este desde la mitad de los años ochenta.

### **Latinoamérica: autoritarismo y democracia**

Después de las tempranas independencias latinoamericanas a principios del siglo XIX, los Estados nacionales establecieron Constituciones republicanas. Se orientaron en los modelos más modernos de la época, es decir, los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña. Rápidamente se notó la distancia entre los textos constitucionales y la realidad constitucional, es decir, las nuevas Constituciones no estaban en condiciones de generar estabilidad política. En la mayoría de los países se desarrollaron conflictos internos, que culminaron recién a partir de 1870 con la formación de dictaduras centralizadas.

Desde el siglo XIX hubieron dos grupos políticos en Latinoamérica, los llamados conservadores y los liberales. Los partidos políticos modernos y sindicatos se establecieron recién en el siglo XX, primero en Argentina, Chile y Uruguay. En el contexto de la creciente urbanización y la disminución del analfabetismo a partir de los años veinte aumentó la participación política, a través de la cual subió el número de presidentes electos. Durante

y después de la Segunda Guerra Mundial en muchos países se establecieron gobiernos electos democráticamente. Recién en los años sesenta y setenta, la llegada de “nuevos regímenes militares” dominados por Juntas de generales más que por un sólo dictador, trajeron una represión hasta ese entonces desconocida en América del Sur.

En contra de la imagen establecida desde Europa, las élites latinoamericanas no se consideraban como parte del Tercer Mundo. Después de la Revolución Cubana en 1959 y en el contexto de la formación de guerrillas, en muchos países se dio una extensa valoración retórica del tercermundismo. Fuera de eso, las clases políticas dominantes y la mayoría de los intelectuales se veían como una continuación americana de occidente. La idea de democracia estaba tan arraigada que ni las dictaduras militares ni las fases populistas del pasado lograron poner en cuestión el deseo de legitimidad democrática.

En América Latina, así como en la etapa final de la dictadura de Franco, se habla de regímenes autoritarios. Renunciaron tanto a la movilización de masas como a una ideología elaborada y permitieron un reducido pluralismo en la sociedad. Hubo una cierta tolerancia hacia una parte de la prensa escrita, mientras que –como muestra el caso de México– la televisión fue más controlada. El régimen autoritario perfecto fue largamente el México posrevolucionario, bajo la dominación del Partido de la Revolución Institucionalizada (PRI). Sin embargo, el concepto de “régimen autoritario” no expresa el grado de represión. Algunos de esos regímenes en los años setenta y ochenta ejercieron más violencia que los jefes de Estado en los países socialistas de Europa del Este. Esto vale sobre todo para la dictadura militar en Argentina (1976-1983) y –en menor medida– para las de Brasil y Chile.

En contraposición a sus intenciones manifiestas, a principio de los años ochenta los generales tuvieron que regresar a los cuarteles. En la mayoría de los países, la redemocratización fue el resultado de una ruptura pactada, es decir, los partidos en la clandestinidad, la Iglesia católica y las autoridades negociaron una transición hacia la democracia. La transición se dio en la gran mayoría pacíficamente, sobre todo porque –salvo en el caso argentino– la confrontación con el pasado reciente fue aplazada. Solamente en Argentina el presidente Raúl Alfonsín llevó a los generales a juicio. Altos miembros dirigentes de las Juntas militares fueron sentenciados a largas condenas, sin embargo fueron dejados en libertad a principios de los años noventa. Una parte de la confrontación con el pasado reciente fue

realizada por la llamada Comisión Sábato, que documentó las violaciones a los derechos humanos por parte de los militares. Alarmado por el ejemplo argentino, el general Augusto Pinochet puso las condiciones para que en un eventual proceso de redemocratización del vecino Chile no se pudiera condenar a sus compañeros de armas. Pudo alcanzar esa meta, entre otras razones, porque su concepto de desarrollo económico neoliberal fue sustancialmente más exitoso que el argentino.

Una característica de regímenes autoritarios es que dejan abierta la posibilidad de una rápida apertura a la democracia. Esto fue facilitado por la —en comparación— menor duración de las dictaduras y el hecho de que después de la redemocratización la cuestión del régimen de propiedad no trajo controversias. Latinoamérica, con la excepción de Cuba, se rige por sociedades capitalistas, en las que sin embargo la economía de mercado está parcialmente reducida por un extendido sector estatal y mecanismos informales. El cambio de régimen no trajo ninguna modificación en la distribución de la tenencia ni un cambio de élites, más allá de los funcionarios políticos de alto rango.

### **Europa del Este: las consecuencias de la dominación total**

Mientras que en América Latina las verdaderas revoluciones representan una excepción, constatadas solamente en el caso de México a partir de 1910 y de Cuba en 1959, la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia fue el comienzo de la dominación socialista y comunista en Europa del Este. La aspiración de mando de un partido de cuadros fue abarcando más y más a toda la sociedad. Depuraciones sistemáticas, la constitución de un partido único y el intento de controlar a la población son características de regímenes totalitarios. El socialismo científico proponía una ideología integral y una filosofía de la historia; la aspirada “dictadura del proletariado” contemplaba la supresión de la propiedad privada y la desaparición de la oligarquía y la burguesía. El designio utópico era la constitución de un “nuevo hombre”, pero de facto se transformó en una reeducación. Por largos períodos de tiempo puede hablarse de dominación totalitaria, aún cuando en la última fase del régimen se abrieron algunos espacios libres, nichos y planteos hacia una “sociedad civil”.

Después de la Segunda Guerra Mundial ese sistema fue expandido a todos los países de Europa del Este. Si bien la presión totalitaria en la sociedad se dio con intensidades diferentes, trajo aparejada consecuencias duraderas. A diferencia de América Latina, hubieron sistemas sociales de control que no permitían casi ninguna fuerza opositora y reglamentaban el margen de acción de las personas. Otra diferencia fundamental con los regímenes autoritarios es la masividad de la membresía forzada de los ciudadanos en los partidos únicos u organizaciones de masa comunistas.

Hasta los años sesenta parece haber existido algo así como una competencia de sistemas entre los países capitalistas y socialistas. Luego comenzó el declive constante de las economías planificadas, acelerado por los nuevos requerimientos internacionales de la industria. El sistema socialista era demasiado rígido para reaccionar a las dificultades económicas. Al mismo tiempo, muchos ciudadanos comenzaron a disentir con los logrados valores de igualdad y las reducidas diferencias salariales, comparando su propia situación con la de los ciudadanos libres de naciones industrializadas.

Los años ochenta mostraron que el socialismo ya constituido no era reformable, ya que el modelo de un socialismo de mercado no tuvo resultados. Así lo explicaba Gorbachov en una entrevista de 1992: “A principios de 1988 estaba claro que los intentos de realizar reformas [...] fracasaban en las estructuras políticas, en el régimen. Éste fue el límite más allá del cual me di cuenta que nos encontrábamos en una crisis de sistema y que era el sistema mismo el que debíamos cambiar [...]” (*Süddeutsche Zeitung*, 10.3.1992: 10). Mientras que Gorbachov ganaba adhesiones en el exterior y recibía el Premio Nobel por la Paz en 1990, la crítica crecía en el propio país. Después de cinco años de políticas de reforma, los problemas de la URSS que habían sido tapados se hicieron patentes: Por un lado, mientras que Gorbatschow concentraba cada vez más poder para poder alcanzar las metas, lo que provocó finalmente su derrota, las reformas no alcanzaban y la situación económica empeoraba. Por otro lado, la caída del poder centralizado reavivó conflictos nacionalistas y aspiraciones independentistas, el caso de Yugoslavia es el ejemplo más dramático.

Las aperturas políticas trajeron rápidas reformulaciones hacia la economía de mercado y formas de mercado libre y con esto la caída de las economías capitalistas. Solamente en China parece haber ocurrido algo diferente. Una ventaja para la transición en Europa del Este fue el hecho de que los militares y una gran parte de las fuerzas del orden se subordinaron

al control político y opusieron poca resistencia a la supresión del monopolio del poder comunista.

Con el movimiento de trabajadores católicos del sindicato Solidarnosc, Polonia apareció como una precursora del cambio para otros países de Europa del Este. Allí se reunieron a principios de 1989 representantes de la conducción comunista y la oposición en una mesa redonda, para discutir sobre libertades democráticas y la introducción de la economía de mercado. En Hungría se habló de una “Revolución silenciosa”, en Checoslovaquia de una “Revolución de Terciopelo” y en las repúblicas bálticas de “Revoluciones Cantadas”. En Rumania se desarrolló una revolución sangrienta y en Yugoslavia la demanda de más independencia y constitución nacional culminó en guerra.

A diferencia de América Latina, se trató de un cambio de sistema para el que nadie estaba preparado. No había modelos o instrucciones para accionar. Paradójicamente había mucha bibliografía sobre el traspaso del capitalismo al socialismo, pero casi nadie había escrito sobre el camino del socialismo realmente existente hacia una sociedad de mercado.

Las fuerzas opositoras de cada uno de los países de Europa del Este (Polonia, Hungría, Checoslovaquia) recibieron impulsos decisivos de la política de “Perestroika” de Mijaíl Gorbachov. El cambio de rumbo en el centro del comunismo mundial abrió nuevas posibilidades. En lugar de la Doctrina Brézhnev de una soberanía limitada para los Estados socialistas se impuso la llamada Doctrina Sinatra: “You can do it your own way”, así los países del bloque socialista tendrían derecho a seguir un camino propio.

### **Cambio de régimen versus cambio de sistema**

Las consecuencias dejadas por los regímenes autoritarios son diferentes a las dejadas por los totalitarios. Mientras que muchos latinoamericanos tomaron nota del cambio político después de un corto entusiasmo, en Europa del Este el cambio estuvo acompañado de grandes esperanzas. Esto valió también para la antigua República Democrática Alemana (RDA), que a través de su integración a la República Federal siguió un camino excepcional (*Sonderweg*) dentro de los procesos de transformación. A pesar de la cercanía a la economía de mercado de la República Federal y las subvenciones masivas, en muchos casos la inversión de las formas de vida en los años

noventa fue también allí percibida como un shock. Una razón podría ser que muchas personas pensaban en un cambio lento y una mejora paulatina de sus condiciones, y no en un cambio tan amplio de sus formas de vida.

Como consecuencia del cambio de sistema, las “conquistas” del socialismo fueron anuladas. Las privatizaciones, de cuya necesidad la mayoría estaban en un primer momento convencidos, mostraron una doble cara: al lado de las mayores posibilidades de consumo y viajes, apareció la molesta sorpresa de que muchos tuvieron que devolver sus –en muchos casos– pequeñas propiedades a los antiguos dueños. Los que habían aprovechado de la redistribución en el socialismo, vieron las restituciones como la restauración de los antiguos privilegios.

A esto se le agrega que cada vez más personas percibieron la transformación a la economía de mercado como un caos. Esto vale especialmente para Rusia, donde por la falta de nuevo orden se desarrollaron estructuras de índole mafiosas. Una introducción lenta y planificada a la economía de mercado es difícil, esto se dio en mejor medida en la RDA, Polonia y las repúblicas bálticas.

Aquí encontramos otra diferencia con América Latina: cuando en muchos de sus países, después de la redemocratización, se siguieron profundizando las privatizaciones en el sector estatal, muchas personas lo aceptaron debido a la larga y dolorosa experiencia con la inflación, la inseguridad legal, la desigualdad social y los abruptos cambios políticos. La retirada del Estado de algunos sectores no coincidió directamente con la caída del tradicional estatismo. En Latinoamérica no hubo un hervidero nacionalista y el despertar de grupos indígenas en ocasión del 500° aniversario del descubrimiento/conquista de América no llevó a conflictos étnicos, como en otras regiones del mundo. Después de la “década perdida” –así ha denominado la CEPAL los años noventa– se dio una reacción antineoliberal que trajo aparejada la llegada al gobierno –desde 1998– de presidentes de izquierda y nacional-populares en la mayoría de los países.

## Diferencias regionales

Una consideración minuciosa deja entrever considerables diferencias entre América Latina y Europa del Este. La diferencia más importante es que en Europa del Este la democratización política y la ruptura económica se die-



ron al mismo tiempo. No se trató solamente de un cambio de gobierno y una redefinición política exterior, sino de una reconfiguración en cada parte de la sociedad. Aunque, en efecto, los procesos de apertura a la economía de mercado en América Latina también representaron en cierto sentido una ruptura con la tradición estadista-populista, en total se trató de una nueva adaptación a la situación del mercado mundial y no un cambio de sistema, que requiere del individuo una mayor capacidad de adaptación.

El proceso de redemocratización en América Latina fue resultado de diferentes fases. A la liberalización de los regímenes autoritarios en los años setenta, siguió una democratización en los ochentas y después –en diferentes países– una consolidación de la democracia. En efecto, también en América Latina hay una cierta y –para nada nueva– desconfianza a la política, aunque esto no descarta que paralelamente se haya dado una creciente sensibilidad por cuestiones políticas. En los años noventa, Brasil y Venezuela vieron renunciar a presidentes debido a la presión ejercida después de escándalos de corrupción.

En el sur de Europa y América Latina se contó con sistemas de partidos e instituciones ya existentes, ya había conocimientos y experiencias con el sistema judicial, con los pros y contras de la economía de mercado y organizaciones bancarias modernas. Estas tradiciones son raras de encontrar en los países de Europa del Este. Allí se pudo contar con la ventaja de estar en Europa, lo que aumentaba la presión de constituir instituciones democráticas, ya que la Unión Europea (UE) estaba obligada a tener interés en democracias y economías nacionales estables en sus países vecinos. En diferentes Estados de Europa del Este, la perspectiva de entrar en la UE trajo aparejada mayores esfuerzos de cumplir con los criterios y avanzar en la democracia representativa. Sin embargo, en los últimos años han surgido movimientos y presidentes populistas y nacionalistas que han llevado a reacciones de la UE. El caso más actual es el partido populista de derecha del presidente Orbán en Hungría, quien representa una posición diferente a la mayoría de los países europeos en temas como libertad de prensa y migración. La cuestión del populismo puede representar un desafío para la UE, ya que no solamente se trata de populismo de derecha, sino también de un populismo de izquierda. Estas cuestiones toman otra forma para América Latina. En el reciente libro *Handbuch der Transformationsforschung* (“Manual de investigación sobre la transformación”) América Latina aparece como una región “de democracias defectuosas estables” (Thiery

2015: 416). El populismo local es más bien un populismo nacional de izquierda, que no se dirige en contra de otras naciones o regiones.

Sin embargo, también hay similitudes entre América Latina y Europa del Este. Ambas regiones están caracterizadas por ser “capitalismos pobres”: la organización estatal es ineficiente, la administración inflada, dominan empresas monopólicas, los servicios sociales son insuficientes, los partidos y organizaciones sociales son débiles. Por esto, los gobiernos son más propensos a la influencia de grandes empresas, movimientos populistas y la toma de poder de militares o el accionar de grupos armados.

A pesar del empobrecimiento de una parte de la población en los países pos-socialistas y los resultados electorales para las organizaciones heredadas de los partidos comunistas, los aspectos positivos han tenido mayor peso en el desarrollo total después de 1989. El cambio de sistema en 1989 funcionó mejor en comparación con los de 1918 y 1945. Esto se debió, entre otras razones, a que el cambio de sistema abarcó a todo el bloque oriental, a que el cambio de gobierno se dio, salvo en Rumania y Yugoslavia, sin violencia y a que el occidente se mostró en principio más cooperativo que triunfalista (Beyme 1994: 355).

## Perspectivas

Estos rápidos cambios han abierto nuevos campos de estudio para historiadores del pasado reciente, científicos sociales y pedagogos. Para comprender el fin de la época de posguerra y el cambio de sistema se requieren todavía muchos puntos de análisis: Además de la confrontación con los regímenes pasados está la investigación de la manera en que se dio la transición. Se podría recurrir a los “héroes de la retirada” (Enzensberger), como Adolfo Suárez en España, que venía de la dictadura de Franco, pero después obtuvo méritos en la transición a la democracia. También en diferentes países de Europa del Este aparecieron este tipo de especialistas del desmantelamiento del viejo sistema. Otras preguntas son el grado de recambio de los viejos estamentos dirigentes y élites de poder, la formación de instituciones, la constitución de un orden después del caos, las consecuencias en el cambio de la política y la economía de mercado, la constitución de una nueva cultura política y el desarrollo de partidos. Interesante es la cuestión de si el nacionalismo en Europa del Este es una estadio de paso, es decir,

una expresión que acompañaría el camino a la modernidad o si es una condición duradera y en ascenso.

No es una casualidad que el *Diccionario crítico de ciencias sociales* de 2009 haga una diferencia entre *Transición política (LA)* y *Transiciones (Teoría de las): Cambios en los países del este*. El concepto de la *Transición política (LA)* como opción analítica “considera a la democracia más como una cuestión de procedimiento que de sustancia” (Martínez Rodríguez 2009: 3156) lo cual implica que desde esta perspectiva se observen de manera inductiva el “cómo” del proceso antes de responder al “porqué” del mismo (Martínez Rodríguez 2009: 3156). El cambio político en los países del este entiende el paso de un sistema político a otro, es decir, la sustitución por otros de todos los elementos de la comunidad política (Alvarado Pérez 2009: 3164). Las pretensiones son entonces explicativas e, incluso, predictivas. En lo que al “dilema comprensión/predicción y alcance de la predicción se refiere, las respuestas se han movido entre dos límites: el del optimismo teleológico y eurocéntrico que se sentía capaz de preverlo casi todo [...] y el pesimismo de aquellos que sostenían que era imposible ir más allá de la comprensión de procesos concretos de cambio político [...]” (Alvarado Pérez 2009: 3166). El autor retoma la diferenciación establecida por Nohlen y von Beyme (1986) entre “cambio social o sistémico” (*Systemwandel*) y “conversión o transformación sistémica” (*Systemwechsel*). Llega a la siguiente conclusión: “En la actualidad, se tiende a considerar que, a pesar de que existen rasgos comunes a toda situación de cambio, cada caso es en cierto sentido único y que, en consecuencia, no existen esquemas comprensivos universales sino, todo lo más, grupos de esquemas aplicables regionalmente y limitados a concretos proyectos de tiempo” (Alvarado Pérez 2009: 3166). Es decir, no existen procesos teleológicos y los procesos de transición pueden estancarse e incluso malograrse. Por ello hay que estudiar las especificidades y el contexto histórico.

Entre tanto, para los historiadores la transformación ya es historia. Ya hay análisis que la consideran como un capítulo cerrado (Wirsching 2012). Otros historiadores ven en las intervenciones rusas en Ucrania en 2014 una brecha en la época que se instituyó en 1989 con la caída del muro y el comienzo de la transformación (Winkler 2015). Es evidente que en esta apreciación influye fuertemente el caso de Rusia donde el peso de la historia, un pasado imperialista y la sensación de una humillación han llevado al resurgimiento de formas de autoritarismo y nacionalismo.

Los investigadores empíricos de la democracia quieren continuar sin que sus estudios se vean afectados por los actuales acontecimientos internacionales y de seguridad mundial. Para ellos, aspectos históricos, nacionalismos y populismos juegan un rol de menor importancia.

No es posible establecer una teoría de la transformación con validez universal. También en Europa del Este se dieron caminos excepcionales (*Sonderwege*) y diferentes velocidades de desarrollo en el traspaso a la economía de mercado. En muchos sitios el pretendido proceso de modernización se está alcanzando a través de esfuerzos históricos. Así, el objetivo de la transformación parece ser claro, a saber, alcanzar una sociedad de bienestar con libertades individuales. Sin embargo, no hay una tendencia mundial hacia la democracia liberal. Todo intento de una teoría de la transformación nos dice muy poco sobre posibles contragolpes.

*Traducido del alemán por Clara Ruvituso*

## Bibliografía

- ALVARADO PÉREZ, Emilio (2009): "Transiciones (Teoría de las): Cambios en los países del este". En: Reyes, Román (ed.): *Diccionario crítico de ciencias sociales* [terminología científico-social]. Madrid: Plaza y Valdés, pp. 3164-3170.
- ASH, Timothy Garton (1992): *Ein Jahrhundert wird abgewählt*. München: dtv.
- BEYME, Klaus von (1994): *Systemwechsel in Osteuropa*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- BEYME, Klaus von/NOHLEN, Dieter (1991): "Systemwechsel". En: Nohlen, Dieter (ed.): *Wörterbuch Staat und Politik*. Bonn: bpb, pp. 690-700.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1991): *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*. Oklahoma: Norman.
- KARL, Terry Lynn/SCHMITTER, Phillip C. (1991): "Modes of Transition in Latin America, Southern and Eastern Europe". En: *International Social Science Journal*, 9, pp. 269-284.
- KOLLMORGEN, Raj/MERKEL, Wolfgang/WAGENER, Hans-Jürgen (eds.) (2015): *Handbuch Transformationsforschung*. Wiesbaden: Springer.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, Antonia (2009): "Transición política (la)". En: Reyes, Román (ed.): *Diccionario crítico de ciencias sociales* [terminología científico-social]. Madrid: Plaza y Valdés, pp. 3155-3164.
- MERKEL, Wolfgang (ed.) (1994): *Systemwechsel 1. Theorien, Ansätze und Konzeptionen*. Opladen: Leske & Budrich.
- SEGERT, Dieter (2014): *Transformationen in Osteuropa im 20. Jahrhundert*. Bonn: bpb.

- THIERY, Peter (2015): "Demokratische Transitionen im späten 20. Jahrhundert" En: Kollmorgen, Raj/Merkel, Wolfgang/Wagener, Hans-Jürgen (eds.): *Handbuch der Transformationsforschung*. Wiesbaden: Springer, pp. 405-420.
- WERZ, Nikolaus (2013): *Lateinamerika. Eine politische Landeskunde*. Baden-Baden: Nomos.
- WINKLER, Heinrich August (2015): *Geschichte des Westens. Die Zeit der Gegenwart*. München: Beck.
- WIRSCHING, Andreas (2012): *Der Preis der Freiheit. Geschichte Europas in unserer Zeit*. München: Beck.